

## En torno al Rivas de los *Romances históricos*

El trayectorio ideológico del Duque de Rivas está todavía lejos de haberse estudiado a fondo. Los críticos como Peers, Boussagol o Lovett que han estudiado el conjunto de su obra lo han hecho desde criterios que hoy parecen anticuados y que en realidad oscurecen la contradicción que subsiste en la base de su pensamiento. Yo mismo, en una serie de artículos que versan sobre el teatro de Rivas<sup>1</sup> y en mi edición de *Don Alvaro*<sup>2</sup> confieso que tendí a presentar al Duque como una figura que, si bien por su formación intelectual y literaria pertenecía al pre-romanticismo, sin embargo, después de *Aliatar* en 1816, fue evolucionando hasta adoptar con creciente convicción la cosmovisión del ala subversiva del romanticismo, o lo que llama Martínez Tuñón, "una concepción del mundo que surge paulatina y progresivamente en cadena de engarces hasta el estallido de *Don Alvaro*."<sup>3</sup> Aún así, nunca se me ocultó que este Rivas, que, durante breve tiempo pareció capitanear a los románticos más "flamígeros" o exaltados, no es, ni mucho menos, el único Rivas. Estoy en efecto, plenamente de acuerdo con Salvador García Castañeda cuando escribe en su espléndida edición de los *Romances históricos*<sup>4</sup> que "resulta curioso que tanto él [Rivas] como Alcalá Galiano y otros prohombres del trienio, ahora [o sea, después de 1835] representen al partido moderado [es decir, conservador] en oposición a los sucesivos gobiernos de Martínez de la Rosa, Toreno y Mendizábal" (p. 18). En otras palabras, siempre según García Castañeda, "después de su liberalismo de primera hora", "sus ideas representarán un cambio hartamente radical, visible ya en el retiro de Malta" (p. 20). Ahora bien, no puede menos de llamar la atención que el mismo crítico, al seguir comentando la evolución literaria de Rivas durante su estancia en Malta, cite el juicio de Piñeyro, según el cual el Duque experimentó en la isla un cambio ideológico que más tarde produciría *El moro expósito*, varios romances históricos y *Don Alvaro*. Extraña que el editor de los *Romances históricos* no hubiera subrayado lo paradójico de una evolución que, mientras llevaba a Rivas desde el liberalismo hasta el conservadurismo, veía nacer obras tan diversas en su orientación ideológica como las tres que acabamos de mencionar.

Desde el punto de vista de un crítico literario lo curioso no es tanto el cambio en las ideas políticas del Duque, cuanto el hecho de que escribiera casi simultáneamente obras tan revolucionarias como *El moro expósito* y *Don Alvaro*, con sus ataques más o menos abiertos a la idea de un mundo regido por la Divina Providencia, y también los primeros romances históricos que pertenecen a una tendencia tan distinta.

Pues bien, fue sólo mientras preparaba el prólogo a mi edición reciente de *Ramiro. Conde de Lucena* (1823), de Rafael Húmara y Salamanca,<sup>5</sup> cuando empecé a darme cuenta cabal de la ambivalencia de los primeros románticos, con respeto a la nueva visión de la condición humana que iba produciendo el *Weltschmerz* y el "mal del siglo" entre la minoría intelectual de la época. Cito de mi prólogo:

Hubo un grupo de escritores en el siglo XVIII y principios del XIX que vislumbraron un mundo muy distinto tanto al mundo providencial de la tradición cristiana como al mundo racionalmente armónico de la Ilustración. Montiano, García de la Huerta, Quintana y Rivas, entre otros, comprendieron que el amor-pasión puede utilizarse en la literatura para simbolizar una fuerza arbitraria del mal que no encaja fácilmente en una interpretación armoniosa de la existencia humana. Sin embargo, no estaban preparados, salvo eventualmente Rivas en *Don Alvaro*, para evocar un mundo dominado por la injusticia cósmica, (p. 18).

Al darnos cuenta de que los romances históricos iniciales de Rivas son rigurosamente contemporáneos de su obra maestra teatral, nos percatamos de que, a pesar de haber escrito *Don Alvaro*, una de las obras más sobresalientes (con *El diablo mundo* de Espronceda) del romanticismo subversivo en España, Rivas pertenecía a un momento histórico en que se entrecruzaban dos sensibilidades. Hasta qué punto eran sensibilidades radicalmente opuestas difícilmente se aprecia si no tenemos muy en cuenta los argumentos aducidos por Javier Herrero en las varias ediciones de su libro ya clásico *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*<sup>6</sup>.

Este libro, imprescindible para comprender el *background* de la mentalidad de los románticos tradicionalistas, documenta con gran copia de detalles (incluso grotescos) la feroz oposición ciega de un gran sector de la intelighenzia española al liberalismo en la religión, en la política, en la sociedad y en la literatura.

Explica, mejor que ningún otro, las ideas increíblemente retrogradadas (vistas desde el día de hoy) en las que se basaron las teorías literarias de un Böhl de Faber o de un Alberto Lista, paladines del romanticismo histórico.

Es a la luz de esas ideas, y de su enorme presión en la opinión pública, que hay que enjuiciar la ambivalencia de Rivas que de otro modo resulta difícil de explicar. Si por una parte en *El moro expósito* y en algunos de sus dramas, notablemente en *Don Alvaro*, Rivas introducía, con las ideas de la fatalidad y del sino adverso, una metáfora existencial extremadamente inquietante, por la otra, en los romances históricos la equilibraba con otra mucho más alentadora que respondía al deseo tantas veces pregonado por los corifeos del tradicionalismo, de que surgieran escritores capaces de contraatacar la tendencia "disolvente" de los escritores capitaneados por Voltaire, los demás enciclopedistas y Rousseau. Böhl de Faber, en efecto, había pedido con insistencia libros en los que el lector hallaría "cuanto es menester para llenar el corazón de piedad cristiana, satisfacer la razón con sana doctrina, y divertir el entendimiento sin peligro."<sup>7</sup> Humara, en el discurso preliminar de *Ramiro*, seis años más tarde, alababa las obras literarias del período que "inspiraban a las castas doncellas confianza, firmeza y virtud, y a los jóvenes honor, valor y generosidad" (*op. cit.*, p. 48) e insiste en que su intención había sido la de "disipar las tinieblas del egoísmo con ejemplos de magnanimidad, religión y amor patrio" (p. 50). Mucho antes, nos recuerda Herrero, don Antonio Capmany había formulado el deseo de que "una nueva generación de poetas podría ejercitar su talento en letrillas y romances populares que despertasen ideas de honor, valor y patriotismo, refiriendo proezas de esforzados capitanes y soldados nuestros en ambos mundos."<sup>8</sup> ¿Qué otra cosa es el romance "Amor, honor y valor" de Rivas? Böhl de Faber y otros habían buscado con nostalgia en el pasado valores cristianos y caballerescos todavía incontaminados por la modernidad. Se trata de un mito del pasado en el que se exaltaba la vieja concepción orgánica y jerárquica de la sociedad supuestamente cimentada en valores religiosos y morales superiores a los de principios del siglo XIX. En un artículo muchas veces citado: "El naranjo romántico"<sup>9</sup>, Herrero nos llama la atención a uno de los símbolos más sugestivos del tradicionalismo español.

Se trata del que domina *La familia de Alvareda* (publicada en 1856 pero escrita antes de 1829) de Fernán Caballero, el naranjo que se alza en un patio andaluz, y que, como magistralmente indica Herrero, incorpora metafóricamente "las preocupaciones esenciales de la época" (Herrero p. 348). Es uno de aquellos "grandes iconos" que ilustran "la identificación establecida por los románticos de la tradición con un antiguo y frondoso árbol" (*ibid*) que "proyecta su sombra, como un árbol milenario, sobre los niños, las jovencitas, los hombres y mujeres maduros y todos obtendrán de él dulces frutos" (p. 350). En Cadalso, en Larra y en Fernán Caballero, el árbol de la tradición representa el polo positivo de una doble concepción de la sociedad que dividía a los románticos en dos grupos: una concepción orgánica de la estructura social que se oponía a la concepción abstracta y mecánica típica de la Ilustración, dominada por el racionalismo. Pues bien ¿cuál es el símbolo opuesto al del naranjo? Claramente es el de la capilla en ruinas que encontramos en las primeras páginas de *La gaviota* (1849), símbolo cuya función consiste en comunicar al lector la decadencia de la tradición religiosa y el rechazo de la idea de una sociedad cimentada en un orden natural establecido por Dios.

Fijémonos ahora en el romance histórico de Rivas llamado "Recuerdos de un grande hombre". El grande hombre es por supuesto Cristóbal Colón y el romance está dedicado a ensalzar la figura del Almirante de Mar Océano como prototipo del héroe leal, honrado y valeroso que Capmany treinta años antes había propuesto como fuente de inspiración para los poetas de la nueva generación. Ahora bien, al principio del poema (compuesto en 1837, sólo dos años después del triunfo de *Don Alvaro*) tenemos una prefiguración de la capilla en ruinas que describen las primeras páginas de *La gaviota*:

De la Rábida el convento,  
fundación de orden franciscana,  
descuella desierto, solo,  
desmantelado, en ruinas. No por  
la mano del tiempo, aunque es  
obra muy antigua, sino por la  
infame mano de revueltas y  
codicias, que a la nación  
envilecen

y al pueblo desmoralizan,  
destruyendo sus blasones,  
robándole sus doctrinas.<sup>10</sup>

Aquí no se trata de una capilla cualquiera, como en *La gaviota*, sino del lugar donde se inició el proceso que iba a culminar con el descubrimiento de América. No vacila Rivas en subrayar lo simbólico del lugar, trasformando la escena en la que Colón y su hijo siguen al Padre Marchena, Guardián del monasterio, hacia el interior del edificio en un icono visual:

por la escalera arriba,  
el religioso delante,  
y el hijo y padre en pos iban,  
formando un sencillo cuadro  
cuyo asunto ser dirían,  
el talento y la inocencia  
con la religión por guía. (p. 178).

Estamos leyendo un poema paradigmáticamente tradicionalista, frente a lo paradigmáticamente subversivo de *Don Alvaro*. Con tan pocos años de diferencia entre el drama y el romance ¡Cuán diversos son! En el drama el héroe romántico se rebela contra la sociedad y contra las normas queridas por Dios en las que se fundamenta. Mientras en el romance un héroe cristiano:

de Dios un nuncio en la tierra,  
un refulgente destello  
de la sabia omnipotencia (p. 184)

guiado por la Iglesia, comprendido y ayudado por la Reina Católica, descubre:

de la omnipotencia sabia  
sólo instrumento (p. 193)

un nuevo mundo. Sin embargo, el lugar santo en donde empezaron a fructificar sus sueños ahora yace en ruinas, no a causa del tiempo, sino porque la España moderna, más atenta a las revueltas políticas y al materialismo, lo ha dejado derrumbarse.

Peor aún, la España de los años treinta del siglo pasado se ha vuelto de espaldas a los blasones que llenaban de orgullo al pueblo, es decir al pasado glorioso del país, y también a las sanas doctrinas que preservaban a las masas de la contaminación de las fuerzas el Mal que conspiraban contra el orden jerárquico establecido por Dios.

Colón, en el romance devoto cristiano, hombre genial y (aunque genovés) leal vasallo de los Reyes Católicos, La Reina Isabel misma, el Padre Guardián de la Rábida y los religiosos del Colegio de San Esteban, los únicos que comprenden las ideas del futuro Almirante, representan los principios de la sociedad tradicional. El romance nos sugiere que la fidelidad a tales principios había llevado a la España de los siglos 16 y 17 a dominar el mundo occidental. En cambio, el racionalismo y la incredulidad, que habían condenado al monasterio de la Rábida a la ruina, habían dividido a los españoles en campos opuestos y había estragado las creencias que llevaban al hombre a agruparse "libremente en unas instituciones que permitían el libre desarrollo del individuo sin romper, sin embargo, su armoniosa integración en una cohesiva y armónica unidad superior, la sociedad."<sup>11</sup>

Con esto no quiero sugerir que Rivas experimentara una conversión repentina al romanticismo histórico después de *Don Alvaro*. El hecho de que los primeros romances históricos fuesen escritos ya en 1833 y de que casi todos pertenecen a la década de los treinta desmientan tal posibilidad. Como Húmara y Salamanca, Martínez de la Rosa y otros, Rivas era vagamente consciente de que iba transformándose la cosmo-visión de su época. En la parte más original de su obra logró incorporar temas (sobre todo el de la fatalidad) y símbolos que aludían más o menos abiertamente a tal transformación. Pero sólo en Larra y Espronceda hay una clara conciencia de lo que aquél llamó, en "Felipe II", "el desasosiego mortal que fatiga al mundo antiguo."<sup>12</sup>

DONALD SHAW  
*University of Virginia*

<sup>1</sup> Donald L. Shaw, "Ataulfo: Rivas's First Drama", en *Hispanic Review*, 56, 1988, 231-42; "Acerca de *Aliatar* de Rivas", *Entresiglos*, 2, 1993, 237-45; "Rivas and Tragedy: The Cases of *El Duque de Aquitania* and *Malek-Adel*", en Anne L. Mackenzie (ed.), *Spain in its Literature: Essays in Memory of E. Allison Peers*, Universidad de Liverpool, 1997, 253-67.

<sup>2</sup> Madrid, Castalia, 2da ed. 1994.

<sup>3</sup> Diego Martínez Tuñón, *El alba del romanticismo*, Sevilla, Alfar, 1993, p. 13.

<sup>4</sup> Madrid, Cátedra, 1987.

<sup>5</sup> Málaga, Agora, 1998.

<sup>6</sup> Madrid, Edicusa, 1971. Hay otras ediciones.

<sup>7</sup> Juan Nicolás Böhl de Faber, "Artículo remitido", *Crónica Científica y Literaria*, 8 de abril de 1817. Para más datos, véase Ferek Flitter, *Spanish Romantic Literary Theory and Criticism*, Cambridge, Universidad de Cambridge, 1992, pp. 5-22.

<sup>8</sup> Antonio Capmany, Carta a Manuel Godoy del 12 de noviembre de 1806 recogida en *Centinela contra franceses*, Tarragona, 1808, pp. 69-74, cit. Herrero, p. 225.

<sup>9</sup> Véase Javier Herrero, "El naranjo romántico, esencia del costumbrismo", *Hispanic Review*, 46, 1978, 343-54.

<sup>10</sup> Angel de Saavedra, Duque de Rivas, *Romances históricos*, ed. Salvador García Castañeda, Madrid, Cátedra, 1987, pp. 174-75.

<sup>11</sup> Herrero, "El naranjo...", p. 349.

<sup>12</sup> Mariano José de Larra, "Felipe II", en *Obras*, Madrid, BAE, t. 128, 1960, p. 287.